

(Trascripción)

“GEN”, diciembre 1973<sup>1</sup>

Ser María

Queridas gen:

Y vuelve, como una dulce poesía, la solemnidad de la Navidad.

Durante estos días, ya desde hace siglos, se intercambian felicitaciones, y la paz, que los ángeles anunciaron entonces, se ve reflorar, tal vez por unos instantes, incluso en el rostro de hombres que no la han conocido nunca.

También yo quiero desearos algo que os sea realmente grato y sobretodo deseado por Aquel que guía nuestros pasos y conoce nuestro bien.

Este es mi deseo: que nuestra vida sea una continua Navidad, solemnizada en el secreto de los corazones y en la íntima fraternidad, que tiene que extenderse en un sentido cada vez más vasto que llegue a alcanzar, cuando Dios lo tenga establecido, los confines de la tierra: hasta que «todos sean uno».

Estamos unidos por nuestro común Ideal con un vínculo fuertísimo, el más fuerte creemos, que pueda existir entre los cristianos.

Queremos caminar hacia Dios, unidos entre nosotros, hechos realidad viva de su último deseo, en el cual hemos encontrado no sólo nuestro específico camino para hacernos santos, sino una manera de santificar y volver a consagrar el mundo desconsagrado por el odio y por los innumerables males presentes.

Queremos hacer triunfar a Cristo en medio nuestro, para que un día Cristo sea la expresión única y más genuina de nuestra sociedad.

Y no solamente Cristo cada vez más espléndido en su Vicario, cada vez más amado y comprendido; no solamente Cristo que vive de tan divinas maneras en su Iglesia, sino también Cristo místicamente presente entre nosotros, escueto número de hombres en la masa popular cristiana, pero mirados por Dios uno a uno y todos juntos, por ser capaces con su gracia de hacer algo para su gloria.

Nosotros, en realidad, tenemos un poder, si queremos, desconocido para muchos: como seguidores y bajo el ejemplo de María, también grande por ser Inmaculada, pero siempre madre nuestra y por tanto cercana a nosotros, podemos alumbrar a Cristo Jesús en el corazón de la sociedad.

Él lo ha dicho. Y a Él le creemos. El medio es nuestro corazón o mejor dicho el amor cristiano recíproco que, si tiene los requisitos exigidos por Jesús, trae, como consecuencia, la tan dulce y maravillosa realidad de nuestra fe: «Yo estoy en medio de ellos» (*Mt 18, 20*).

Y los requisitos en el fondo no son demasiados, aunque no son pocos.

Son todo aquello que somos y tenemos, porque Dios quiere nuestra unidad siempre encendida.

Si ésta existe, incluso en el establo en el cual a veces está reducida nuestra sociedad, si nosotros nos amamos, Cristo está en medio nuestro: y la Navidad se perpetúa, se multiplica.

Y donde está la Navidad, está María y Jesús.

Nosotros unidos hemos de repetir juntos el misterio de María que da Cristo: Cristo en medio nuestro por milagro divino.

Y Tú, Jesús, ven entre nosotros, quédate entre nosotros.

Una vez los “tuyos” no te acogieron. Nosotros quisiéramos, por cuanto sea posible, remediarlo. Vivamos sólo para acogerte, para tenerte, para no ser nosotros, sino Tú; para ayudarte a componer sobre esta tierra la ciudad nueva, la ciudad de Dios.

Chiara

<sup>1</sup>de “gen”, diciembre de 1973: editorial